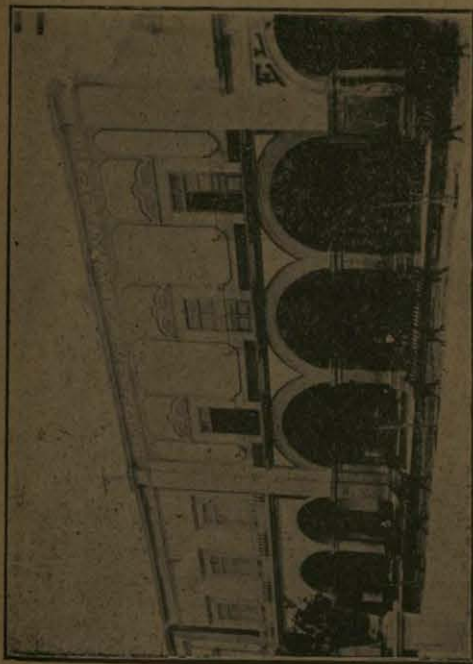




## HIDALGO EN CELAYA

Como los enhiestos mástiles  
de alguna potente escuadra,  
destácanse allá á lo lejos  
ante la vista asombrada  
las agujas y las cruces  
de la ciudad de Celaya.  
Son suntuosos monumentos,  
rico esplendor, fausto y gala  
que en ese suelo encantado  
sembró la piedad cristiana  
de muchas generaciones  
en el polvo sepultadas.  
Allí del Carmen se ve  
la artística filigrana,  
los primorosos calados,  
la elegante columnata  
y el cimborrio gigantesco  
que se cierne, que se alza  
bajo un cielo siempre azul,  
sobre un valle de esmeralda.  
Se descubre San Francisco  
con su torre soberana  
y las columnas bellísimas  
de su soberbia portada;  
San Agustín y la Cruz,  
la Parroquia veneranda,



Mesón de Guadalupe en Celaya,  
desde donde Hidaigo arengó al pueblo.

la Piedad y la Merced  
con su torre mutilada;  
y más y más campanarios  
por donde quiera levantan  
sus remates caprichosos,  
sus agujas elevadas  
bajo un cielo siempre azul,  
sobre un valle de esmeralda.

\* \* \*

En esa linda ciudad,  
en esa tierra encantada  
el caudillo fué investido  
con la honorífica banda  
de Capitán General  
de la tierra americana;  
y aun se escucha en la campiña,  
y en las verdes enramadas  
el épico clamoreo,  
los repiques y las dianas  
con que un pueblo entusiasmado  
aquél hecho celebraba:  
y la voz del sacerdote  
percíbese entre las auras  
que en esa ciudad murmuran  
himnos dulces de esperanza  
bajo un cielo siempre azul,  
sobre un valle de esmeralda.

RAFAEL RUIZ RIVERA.



## HERMENEGILDO GALEANA

### I.

En el mágico esplendor  
de su brillante carrera,  
en la que unidos se miran  
el talento y la grandeza,  
Morelos el indomable,  
de su país gloria eterna,  
vió á su lado campeones  
que fulguran como estrellas  
en el azul de ese cielo  
que se llama Independencia,  
adonde el suave perfume  
de la gratitud se eleva  
con los himnos de alabanza  
que brotan desde la tierra.  
Y entre aquellos paladines,  
los de innúmeras proezas,  
que su vida consagraron  
de México á la defensa,  
luce como astro perenne  
de magnitud gigantesca,  
Hermenegildo Galeana,  
el león en la pelea,  
clemente con el vencido,  
de la intrepidez emblema,

que sin ambición mezquina  
de honores y de riquezas,  
sólo vió la libertad  
y la justicia en la guerra,  
y la muerte de los héroes  
como premio en la contienda (\*)

### II

En las abruptas montañas  
de la región pintoresca,  
que de Guerrero y los suyos  
las glorias siempre recuerda;  
á inmediaciones del río  
denominado de Tecpan,  
elévase la ciudad  
que el mismo nombre conserva,  
en la que el bravo Galeana  
vió la luz por vez primera,  
de oscuro y pobre linaje,  
sin señuelos de grandeza,  
mas de virtudes tesoro  
como riquísima herencia.  
Desde su temprana edad  
consagróse á las faenas  
del campo, y en el Zanjón—  
que así se llama una hacienda—  
los años más venturosos  
pasaron de su existencia,  
en el sosiego que brindan  
las costumbres lugareñas.

(\*) En todas las acciones de guerra en que se halló, se distinguió por su denuedo y bizarría. Intrépido en el combate, era clemente con el vencido; luchó con verdadera convicción por la causa de la independencia, sin aspirar á riquezas, sin extorsionar á los pueblos, sin cometer acto ninguno de arbitrariedades.—Zamacois, Historia de México, tomo 9, pág. 425.—N. del A.

Al acercarse el caudillo  
 á las regiones aquellas  
 donde vierte sus raudales  
 de amor la naturaleza,  
 al intrépido Galeana  
 y á sus hermanos congrega  
 del belicoso clarín  
 el toque de la defensa;  
 y la calma y la dulzura  
 de la campiña se truecan  
 en el febril entusiasmo  
 de la ardorosa contienda.  
 Los humildes lugareños  
 á la batalla se aprestan;  
 el heroísmo es su norma,  
 la libertad es su estrella,  
 el culto á México libre  
 su lábaro, su bandera.  
 Y la lid se multiplica,  
 los laureles se cosechan  
 y el nombre de "tata Gildo"  
 grabado en la Historia queda. (\*)  
 Sólo falta al campeón  
 nacido á orillas del Tecpan,  
 la corona de los mártires  
 que glorifique su empresa.

## III

En el lugar de Coyuca  
 los virreinales se encuentran  
 mandados por Avilés  
 que, según dicen, alberga

(\*) Bustamante dice, al hablar de la hermosa figura de D. Hermenegildo Galeana, que tenía gran ascendiente sobre los negros, quienes le llamaban cariñosamente el tata Gildo.

sentimientos generosos  
 de rectitud y entereza. (\*)  
 Allí va con sus parciales  
 en busca de la pelea,  
 el intrépido soldado  
 á quien las masas veneran;  
 y en las márgenes del río,  
 que del pueblo el nombre lleva  
 trábese al punto la lid  
 encarnizada y sangrienta.  
 Acometen con enojo  
 los realistas á las fuerzas  
 del indomable Galeana  
 que del triunfo desespera.  
 Mil y mil veces su voz  
 escúchase en la refriega,  
 y otras tantas ve perdida  
 de su fortuna la estrella,  
 Al fin mirándose solo,  
 sin amparo ni defensa,  
 corre en pos de su deber  
 y de la gloria postrera.  
 Defiéndose cual león  
 de los que á cercarle llegan,  
 y al rudo golpe de un árbol  
 da con su cuerpo en la tierra.  
 Allí rodeado se mira  
 de enemigos que contemplan  
 al guerrero infatigable  
 de la sacra Independencia.

(\*) El Teniente Coronel Fernández de Avilés, nombrado por Armijo, custodiaba las inmediaciones del puerto de Acapulco y era un oficial valiente y entendido. Libró en las inmediaciones de Coyuca el combate del 27 de Junio de 1814, en el que Galeana perdió con gloria la existencia. Consúltese "México á través de los siglos," tomo III, pág. 430.—Nota del Autor.

Con el pecho desgarrado  
por cruel herida sangrienta,  
hace esfuerzos por blandir  
su espada en la lucha fiera.  
Joaquín León, con desprecio  
al moribundo se acerca;  
de un solo tajo separa  
del caudillo la cabeza,  
llevándola en una pica,  
como brillante presea,  
al pueblecillo inmediato  
al lugar de la contienda.

## IV.

Así á la vida surgió  
de los prohombres de América  
el guerrero infatigable  
de la sacra Independencia;  
Hermenegildo Galeana,  
de las orillas del Tecpan,  
de quien Morelos insigne,  
al saber la triste nueva,  
poseído de dolor  
y de amargura dijera:  
"Acabáronse mis brazos;  
ya nada soy en la tierra;"  
palabras que sintetizan  
el valor y la nobleza  
del que vió la libertad  
y la justicia en la brega,  
y la muerte de los héroes  
como premio en la contienda.

FULGENCIO VARGAS.

3-16-1910.



## LA ENTREVISTA EN CHARO

## I

A seis leguas no cabales  
de aquél pensil michoacano (1)  
donde en íntimo consorcio  
las flores se han cultivado  
de la ciencia que enaltece  
y del salvador trabajo;  
en medio de las montañas  
que sombra dan al santuario  
y al risueño caserío  
do se albergan los indios,  
álzase un pueblo feliz  
que data de muchos años;  
desde su origen remoto  
lleva por nombre el de Charo. (2)  
Allí viven nobles gentes  
con sus costumbres de antaño,

(1) Valladolid, hoy Morelia.

(2) Charo, en idioma tarasco, significa tierra del rey niño. Se pobló de españoles el año de 1550, según consta en "La Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino, de Michoacán"—página 66,—escrita por Fray Diego Basalenque, religioso agustino de grata memoria en el mencionado pueblo.—Notas del autor.

los humildes lugareños  
que rinden culto al arado,  
y con el sudor del rostro,  
en las faenas del campo  
cosechan paz y ventura  
como inmarcesibles lauros  
para el que lidia sin tregua  
en los combates humanos.

## II

Brilló en Dolores la aurora  
de redención como un astro,  
á cuya luz se disipan  
la tiniebla y el espanto;  
y las huestes vencedoras  
que á las órdenes de Hidalgo  
dieron principio á la lid  
por los fueros sacrosantos  
de la patria que gimiera  
tres siglos en el insano  
medio que brinda el dolor  
á países subyugados,  
en pos de nuevos laureles  
y de horizontes más amplios,  
con rumbo á Valladolid  
salieron de Guanajuato.  
De la culta población  
que con muestras de entusiasmo  
recibiera á las legiones  
del venerable soldado,  
los insurgentes partieron,  
tras breves días de descanso,  
camino de la ciudad  
capital del virreinato,  
para medir su entereza  
con el valor de los bravos  
por cuyas venas corría  
la sangre de don Pelayo.

## III

El rumor de los combates  
por el fuero soberano,  
llegó al humilde retiro  
donde el cura de Carácuaro (\*)  
pasaba de su existencia  
tranquilamente los años,  
sin idea más generosa  
ni deseo más sagrado,  
que los de ver á su patria  
libre del dominio extraño,  
irguiéndose ante la faz  
de sus temidos contrarios,  
como el cóndor altanero  
sobre el desnudo picacho,  
en la cordillera andina  
del vergel americano.  
Y el bondadoso pastor  
de mansísimo rebaño,  
cuyos fieles adoraban  
las doctrinas de su párroco,  
sintiendo arder en su pecho  
la llama de amor sagrado  
por el país que sufriera  
los rigores del esclavo,  
apresúrase á trocar  
el sosiego del curato  
por la reñida contienda  
en favor de sus hermanos;  
y al mediar el diecinueve  
de Octubre, del feliz año  
en que la heroica labor  
iniciara el mexicano,  
don José María Morelos,  
el buen cura de Carácuaro,

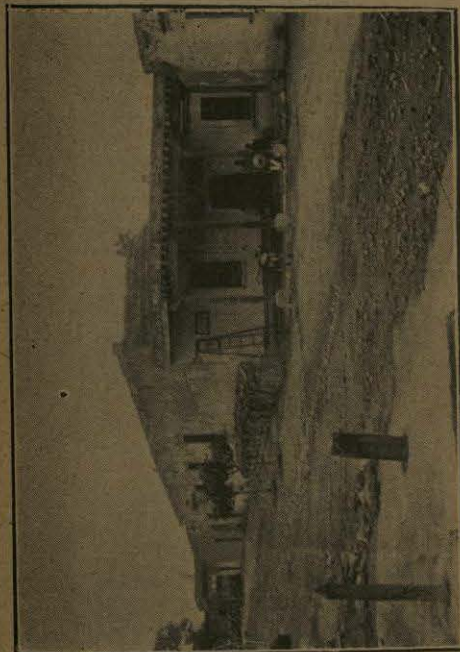
(\*) Don José María Morelos administra-  
ba por aquella época el Curato de Nucupé-  
taro y su anexo de Carácuaro.—N. del A.

á las tropas insurgentes  
alcance dióles en Charo.

## IV

En los anales gloriosos  
que dan lustre al suelo patrio,  
brilla cual sol refulgente  
en un cielo despejado,  
la fecha asaz memorable  
en que el patriotismo santo  
uniera á dos corazones  
con indisolubles lazos  
en el humilde retiro,  
morada de los indianos,  
que desde origen remoto  
lleva por nombre el de Charo.  
Allí de dulce esperanza  
los dos caudillos hablaron,  
y del inicuo poder  
de lutos y desengaños,  
que á la nación oprimiera  
de México sin descanso.  
Allí nombróse á Morelos  
lugarteniente de Hidalgo,  
con facultades amplísimas  
de levantar en los campos  
del territorio del Sur,  
contingentes necesarios  
de tropas, que defendiesen  
los derechos vulnerados. (\*)  
Al llegar la despedida,  
y al darse el último abrazo,

(\*) El nombramiento estaba redactado así: "Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don Jose María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Miguel Hidalgo y Costilla."—N. del A.



Casa en que se verificó la entrevista  
de Hidalgo y Morelos, en Charo.

CAPÍTULO PRIMERO

aquellos dos campeones,  
de la insurgencia dechado,  
la libertad de la patria  
ó el sacrificio juraron.

## V

La campiña iluminaban  
del sol los oblicuos rayos,  
y poco á poco, á lo lejos,  
iban sus nuellas borrando  
los postreros batallones  
del ejército de Hidalgo;  
mientras que allá se perdía,  
siguiendo rumbo contrario,  
don José María Morelos,  
el buen cura de Carácuaro,  
que iba á conquistar renombre  
de patriota y de soldado,  
y á comover en su base  
la labor del virreinato.

## VI

Caminante que discurre  
por el pueblo michoacano,  
donde mil himnos se elevan  
á la ciencia y al trabajo;  
si á tu vista se presenta  
de montañas coronado  
el humilde caserío  
do se albergan los indianos,  
descúbrete con respeto  
al contemplar ese cuadro  
de sencillos moradores  
con sus costumbres de antaño;  
fija en tu alma los recuerdos  
de las glorias del pasado,  
de la entrevista que viera  
el pueblecillo de Charo;



piensa que allí vió la luz  
 de la vida sin ocaso,  
 el enérgico adalid  
 de los fueros democráticos;  
 el protector y el amigo  
 de los dolientes esclavos;  
 el genio de la victoria,  
 de la insurgencia el dechado;  
 ¡el héroe que por su patria  
 dió la vida en holocausto!

FULGENCIO VARGAS.



## EL SARGENTO BORREGO

Temiendo á los insurgentes,  
 que se hallaban en Jalisco,  
 pasó con algunas tropas  
 muy asustado, ¡qué digo!  
 lleno de terror, corriendo,  
 volando cual pajarillo,  
 que rápido hiende el aire  
 al mirarse perseguido;  
 así pasó presuroso  
 por Zacatecas, repito,  
 Cruz, el general realista  
 tan odiado y tan temido  
 por su déspota conducta,  
 por su carácter altivo,  
 por sus sanguinarios hechos  
 que llevaron al suplicio  
 centenares de patriotas,  
 en venganza ó en castigo  
 de haber por el patrio suelo  
 luchado con heroísmo.

Hallábase en Zacatecas  
 muy inquieto y afligido  
 el general ya citado,  
 que allí llegó "de improviso"  
 con el fin de dirigirse  
 á Durango, único asilo

que por entonces quedaba  
al jefe ya referido.  
Antes de seguir su marcha  
llevóse para el camino  
cien mil pesos que el gobierno  
tenía en plata reunidos.  
Llevóse también la tropa  
de "Navarra," y aun el "Mixto,"  
que era un batallón urbano  
de Zacatecas nativo.  
Y con estos elementos,  
que no eran tan poco auxilio,  
marchó Cruz para Durango  
huyendo del enemigo;  
pero en Arroyo de Enmedio (\*)  
se vió en terrible conflicto  
el orgulloso soldado  
del Rey y del servilismo.

Un sargento valeroso,  
muy patriota y aguerrido,  
de nombre José Maria,  
Borrego de apelativo,  
lanzó con voz imponente  
de la libertad el grito,  
sin temer á los sicarios  
de aquél bando fementido.  
—"¡Que viva la Independencia!  
¡Que viva México! dijo.  
¡No más reyes ni tiranos  
se burlen ya con cinismo  
de nuestra patria bendita,  
de la patria en que nacimos!"

Y la voz de aquél valiente,  
de aquél soldado atrevido

(\*) Rancho á seis leguas distante de Zacatecas.

fué secundada por todos  
sus compañeros y adictos.  
El jefe realista, entonces,  
asustado y pensativo  
se retiró sin batirse  
con los soldados del "Mixto;"  
no quería más victoria  
que salir de aquél peligro.

Borrego marchó en seguida  
á Zacatecas, tranquilo,  
con todos sus camaradas  
de milicia, que aquél grito  
habían secundado ufanos  
el día cuatro ó el cinco  
del mes de Julio y del año  
en que con gloria y con brillo  
quedó libre de opresores  
nuestro México querido.

En Zacatecas, por tanto,  
hubo inmenso regocijo,  
pues el pueblo entusiasmado  
y en grandes masas reunido,  
proclamó la independencia  
con repiques y con himnos,  
con músicas y con salvas  
y otros patrióticos signos  
del placer con que ese pueblo,  
humillado, envilecido,  
al llevar por tantos años  
de la esclavitud los grillos,  
saludaba ardentemente  
con inmenso y leal cariño,  
á la madre idolatrada  
que veía libres sus hijos,  
después de tantas desgracias,  
de tan cruentos sacrificios,  
de tantas luchas y pruebas

con que quisiera el destino  
acrisolar la constancia,  
la lealtad, el patriotismo  
de los que á México hicieron  
libre por todos los siglos.

Tributar, pues, homenaje  
de gratitud, es debido,  
al intrépido Borrego  
que supo valiente y digno  
humillar á los soldados  
del colonial despotismo,  
y legar á Zacatecas  
un nombre preclaro, invicto.

E. AMADOR.

(1895.)



## EL JARAL

(Tradición.)

Escuché de mis abuelos  
en las horas de mi infancia,  
cuando en las noches muy frías  
el hogar chisporroteaba,  
que en los albores del siglo  
décimo nono, unas cuantas  
casuchillas de rastrojo,  
melancólicas se alzaban  
en el agreste misterio  
de las selvas inmediatas  
al lugar en donde ahora,  
como un panal se levanta  
bullicioso el pueblecillo  
de mi tierra idolatrada,  
de aquésta tierra feliz  
donde mis ojos miraran  
el dulce y suave fulgor  
de la primera alborada.

El paisaje más bravío  
y encantador presentaba  
la imponente soledad  
de esta escondida comarca

con sus bosques de mezquites  
y sus hermosas montañas:  
al Oriente, cual rival  
de los picos de Himalaya,  
Culiacán el portentoso  
con sus grutas y barrancas;  
y al Oeste, de "La Bolsa"  
las colinas dilatadas  
con sus "Tetillas y Mesas"  
exhúberas, solitarias;  
en el fondo, en la llanura  
de verdes sauces sembrada,  
formando curvas el Lerma  
con el cristal de sus aguas,  
y en el follaje sombrío  
de las frescas enramadas  
pájaros mil entonando  
sus dulcísimas sonatas.

Esta hermosa soledad  
de bellezas virgilianas  
interrumpióse esa vez,  
mis abuelos me contaban,  
cuando las tropas de Hidalgo,  
después de tomar la plaza  
cuya alhóndiga gigante  
mil tesoros ocultara,  
resolviéronse á marchar  
á la ciudad encantada  
que se esconde en los vergeles  
de la tierra michoacana.

Cubriéronse las colinas,  
los llanos y las cañadas  
con el tremendo aluvión  
de la hueste americana,  
y su pendón sacrosanto,  
y su bandera adorada  
desplegóse al suspirar  
de las brisas y las auras

que gimen en los sauces,  
que lloran entre las cañas  
de aquesta tierra feliz  
donde mis ojos miraran  
el dulce y suave fulgor  
de la primera alborada.

Sus sencillos habitantes  
cual pastores de la Arcadia,  
con zampoñas y vihuelas,  
con tamboriles y gaitas,  
fiesta típica ofrecieron  
en sus humildes cabañas  
al Sacerdote Rebelde,  
al anciano que retara  
la omnipotencia y orgullo  
de los iberos monarcas.

De mirasoles y lirios,  
maravilla y cinco-llagas,  
ofreciéronle coronas  
las pudibundas zagalas  
que al compás de sus panderos  
alegremente bailaban.

La tradición, la leyenda, (\*)  
en sus urnas perfumadas

(\*) Con encantadora sencillez, con naturalidad de imágenes y con la galanura y bien decir que en las narraciones de escenas campestres antójasenos á perfume de heno ó suave fragancia de almendros tiernos en flor, mi amigo Fulgencio Vargas, vándicator de héroes desconocidos, describe en su preciosa obrita "La Revolución de 1810 en el Estado de Guanajuato" aquel conmovedor episodio que tuvo como protagonistas al inmortal revolucionario de Dolores y al obscuro cuanto honrado y patriota campesino D. Manuel Muñatones.—Nota del Autor.

han conservado piadosas  
 la memoria dulce y grata  
 de aquél risueño episodio  
 que vino á romper la calma  
 secular, abrumadora,  
 que cual losa funeraria  
 tendiase sobre los campos  
 de mi tierra idolatrada,  
 de aquesta tierra feliz  
 donde mis ojos miraran  
 el dulce y suave fulgor  
 de la primera alborada.

RAFAEL RUIZ RIVERA.



## UN SACERDOTE PATRIOTA

(Marzo de 1811.)

Escuchemos lo que dice  
 La muy expresiva carta,  
 que en mil ochocientos once  
 y el mes de Marzo fechada,  
 escribió desde Revilla  
 un patriota cura de almas  
 al caudillo que á las tropas  
 insurgentes comandaba.

“Señor don Ignacio Allende:  
 Mi corazón triste se halla  
 al saber que usted se encuentra  
 en el Saltillo, en compañía  
 con el señor Cura Hidalgo  
 y sus demás camaradas,  
 huyendo del cruel Calleja,  
 que los persigue con saña.

Quiera Dios que sea mentira  
 esta especie tan infausta;  
 y entre tanto va mi hermano,  
 el conductor de esta carta,  
 á saber lo que hay de nuevo  
 con respecto á nuestra causa;  
 “y si esta desgracia es cierta,  
 “mi corazón no desmaya.”

pues me pondré sin demora  
 listo para la campaña,  
 á las órdenes de usted  
 "con mi caudal y mis armas,  
 que son: "una carabina"  
 magnífica, americana,  
 "una escopeta excelente,"  
 "una pistola" de marca,  
 "un gran fusil" de calibre  
 para regulares balas;  
 "de pólvora cinco libras  
 "y de plomo cuatro planchas;  
 "trescientos pesos" que tengo  
 y es la única ganancia  
 de una escuelita de niños  
 en que yo mismo enseñaba,  
 y también de la limosna  
 que me dan las misas diarias;  
 "doscientos pesos en libros  
 y á medio hacer una casa."  
 Todo esto daré con gusto,  
 y casi lo estimo en nada,  
 por la santa Religión  
 Y por mi adorada Patria,  
 que durante tres centurias  
 ha vivido esclavizada,  
 hasta que usted en Dolores  
 y otros hombres de gran talla  
 se lanzaron animosos,  
 procurando libertarla.  
 Y siguiendo yo esta senda,  
 con mis humildes proclamas  
 y el auxilio de mi hermano  
 en toda esta gran comarca,  
 he procurado ayudar  
 á nuestra bandera santa  
 en el nuevo Santander  
 y en la provincia inmediata  
 del nuevo Reino de León,

no menos que en la asonada  
 que allá en Béxar estaló  
 hace muy pocas semanas.  
 "Señor: no hay que desmayar,  
 la cosa no está tan mala,  
 pues todas estas provincias  
 están algo insurgentadas,  
 y hasta los indios lipanes  
 por la independencia claman.

"En fin, mi citado hermano  
 dará nota detallada  
 de cómo en estas regiones  
 las cosas públicas andan,  
 y de cómo yo introduje  
 en villa de Mier, con maña,  
 por manos de gachupines  
 las censuras decretadas  
 contra la augusta persona  
 del señor Hidalgo. Basta,  
 pues tales son las razones  
 que me animan y entusiasman,  
 hasta el grado de decir  
 que moriré en la demanda  
 clamando gustoso: ¡viva  
 nuestra Religión amada!  
 ¡que viva también la Virgen  
 de Guadalupe, la indiana,  
 y que muera el mal gobierno,  
 el mal gobierno de España!

Vuestro atento Capellán  
 que sus respetos os manda.  
 El Bachiller "José Antonio  
 de Gutiérrez y de Lara."

\*\*\*

Dar todo lo que se tiene  
 y darlo con toda el alma,

como una oblación sincera  
 en el altar de la patria,  
 ¿no es éste un ejemplo hermoso?  
 ¿no es esta una acción bien clara?  
 de brillante patriotismo  
 y de abnegación sin tasa?

E. AMADOR.

México, Diciembre de 1908.



## UN SACERDOTE MARTIR

(Mayo 7 de 1812.)

En una hermosa colina  
 inmediata á Teremendo,  
 donde frondosos se yerguen  
 mil árboles corpulentos,  
 se encontraba muy confiado,  
 unido á tres compañeros,  
 un valiente sacerdote  
 que con patriótico anhelo  
 había luchado sin tregua,  
 con ardor y gran denuedo,  
 contra las huestes del Rey  
 que á los bravos insurrectos  
 perseguían en aquel rumbo  
 con cruel encarnizamiento.  
 Confiado estaba, decimos,  
 y sin temer ningún riesgo,  
 en la cumbre inaccesible  
 de aquél intrincado cerro  
 cuyas rocas y cantiles,  
 barrancas y voladeros  
 eran muro inexpugnable  
 contra enemigos externos.

El Brigadier don Torcuato  
 de Trujillo, á quien vencieron  
 en el Monte de las Cruces  
 Hidalgo y sus compañeros,

al tener seguro informe  
de parte de algún perverso,  
del lugar en que se hallaba  
el sacerdote indefenso,  
ordenó á don Juan Pesquera  
fuése pronto á sorprenderlo  
con un grupo de realistas,  
de noventa, más ó menos,  
que marcharon con sigilo  
por escondidos senderos  
á cumplir la comisión  
que del jefe recibieron.  
La noche era tenebrosa,  
imponente era el silencio;  
no se escuchaba ni el canto  
de los buhos agoreros,  
ni el ladrar ladino y fuerte  
de los vigilantes perros.  
Los soldados de don Juan  
mil obstáculos vencieron  
para llegar á do estaba  
la presa de sus deseos;  
mas no por ende lograron  
impunemente su objeto,  
porque el héroe, sin turbarse,  
con aquél súbito encuentro,  
bajó buscando refugio  
al escondite secreto  
que al pie de dicha eminencia  
le servía de alojamiento,  
y era una gruta techada  
con tablones y con leños,  
fuertemente defendida  
por escabroso terreno..

Allí se propuso el Padre  
combatir hasta el extremo,  
porque sus tres camaradas  
lo abandonaron, huyendo,

sin darle ningún auxilio  
en aquel acto supremo.  
El realista comandante  
quiso vencer con el miedo  
al sacerdote que estaba  
rodeado por cien guerreros,  
intimándole saliese  
de aquél angosto agujero,  
y si no, se ordenaría  
que la tropa hiciera fuego;  
mas esta dura amenaza  
la contestó con desprecio,  
arrojando á los realistas  
muy ofensivos dicerios,  
apodándolos de herejes  
y de traidores adeptos  
del tirano Napoleón  
y del colonial gobierno.  
Indignados los "chuquetas" (\*)  
con ese recibimiento,  
se lanzaron iracundos  
contra el aguerrido clérigo;  
mas éste los recibió  
bizarramente dispuesto  
á morir en la pelea,  
por la patria combatiendo,  
pues cuenta el parte oficial  
relativo á este suceso,  
que con temerario arrojo  
se sostuvo defendiendo  
por espacio de una hora  
y sin flaquear un momento.  
Sus armas eran las piedras  
que lanzó con gran esfuerzo,  
para evitar que trepasen  
los que con ardiente empeño

(\*) Así llamaban los insurgentes á los  
realistas.



se proponían dominarlo  
para llevárselo preso.  
Acercósele un dragón  
y lucharon cuerpo á cuerpo,  
mas al fin el sacerdote  
le dió un piquete soberbio  
con una lanza; y al punto  
el jefe de rabia lleno,  
hizo disparar las armas  
á todos sus subalternos,  
y una descarga terrible  
retumbó por todo el cerro.  
Instantes después oyóse  
un quejido lastimero....

Era el Padre, que, tirado  
en su rústico aposento,  
mostraba mortal herida  
que recibiera en el pecho;  
y aun así, chorreando sangre,  
inerte ya y prisionero,  
su espíritu no flaqueó,  
manteniéndose impertérito,  
pues continuaba increpando  
con durísimos conceptos  
á los que villanamente  
procuraron sorprenderlo.  
¿Sabéis quién era ese Padre,  
ese adalid sin ejemplo,  
ese patriota atrevido,  
digno de amor y respeto?  
Llamábase Guadalupe  
Salto, y era en Teremendo  
el Vicario cura de almas  
antes de ser insurrecto.

Entre tanto el comandante  
Pesquera, muy satisfecho  
de haber al fin conseguido  
su propósito funesto,  
dispuso que el Padre Salto,

con escolta y bien sujeto,  
por cuerdas que se le atarot.,  
fuese remitido luego  
á Valladolid, en donde  
juzgado por un consejo  
de guerra, y tras de sumaria  
que terminó en breve tiempo,  
fué condenado á morir  
como abominable reo,  
cortándole la cabeza  
para público escarmiento,  
no obstante de estar postrado  
y duramente sufriendo  
de la herida que le abriera  
el cruel balazo certero;  
y según dice un papel  
en que se habla de este hecho  
el verdugo fué muy torpe  
en su infame ministerio,  
pues no pudo de un hachazo  
cortar el último aliento  
de la víctima expiatoria  
en aquél drama tremendo,  
y por tanto, fué preciso  
dispararle, en el momento,  
dos descargas de pistola  
que lo dejaron bien muerto.

Así terminó la vida  
de aquél patriota sincero,  
mártir del amor ardiente  
que tuvo á su patrio suelo.

\* \* \*

Por la defensa asombrosa  
de uno solo contra ciento,  
será siempre memorable  
La Alberca de Teremendo.

E. AMADOR.



## LA ORDEN

### I.

#### EL EJERCITO.

En contradicción el hombre,  
Estando siempre consigo,  
Es de virtudes asiento,  
Como de pasiones nido,  
Y desmintiendo en sus obras  
Su propia misión ú oficio  
De impulsos mil dferentes  
Deja llevarse al capricho.  
Se vió en el pasado tiempo  
(Y algo en nuestros días se ha visto)  
Trocar el cetro, la espada,  
Por el hábito y cilicio.  
La pompa y glorias del mundo  
Por la humildad y el retiro,  
Y vistiendo arnés grabado  
De la paz á los ministros,  
Cambiar la tiara, el capelo,  
La sotana, el sayal mismo,  
Por el yelmo y la coraza;  
Colgado el estoque al cinto,  
Calzando espuela dorada,  
Y lanza en ristre, al peligro,  
Como fuertes paladines  
Adelantarse con brío.

Los caballeros del Templo,  
Espanto del islamismo;  
Los monjes hospitalarios  
En Palestina prodigio.  
De bravura y en los bandos  
O cismas del cristianismo;  
Y en más mundanas empresas  
Los consagrados caudillos.  
Las armas del cielo usaron  
Como de la espada el filo.  
¡Raro contraste, que muestra  
De nuestro sér lo mezquino!

También el clero en la lucha  
Envuelto acá y dividido,  
Tomó en la contienda parte  
Con denuedo y con alinco.  
Lidian unos por la causa  
De los pueblos decididos,  
Otros del trono de España  
Por sustentar el dominio.  
Aquéllos salen al campo  
Y desafían el peligro;  
Estos, anatemas lanzan  
Y anuncian otros castigos.  
Hubo algunos tan celosos  
Del rey, ó su beneficio,  
Que insignias militares  
Adornaron el vestido.  
La provincia de "Antequera"  
Vió un batallón de improviso,  
De clérigos levantarse:  
Su comandante el obispo  
Bergosa, que del virrey  
Logra el favor y es amigo.  
En ostentarse leal  
Hacia el monarca, no es tibio,  
Y la falange alentando  
De aquellos soldados mixtos.

Del cielo las recompensas,  
 Los dones del paraíso,  
 A manos llenas ofrece  
 Si logran el exterminio  
 De los rebeldes y herejes  
 Insurgentes que es lo mismo.

---

Entre tanto la bandera  
 Que tremoló el cura invicto  
 Del pueblo de los Dolores,  
 Convocando al patriotismo,  
 A prolongada contienda  
 Para fijar el destino  
 De un gran pueblo, en la ignorancia  
 Y en la esclavitud sumido,  
 Sigue como otros valientes,  
 El muy preclaro y muy digno  
 Morelos, que abandonando  
 Su religioso retiro  
 De Carácuaro (curato  
 Ubicado en el distrito  
 De Michoacán), do moraba  
 Ocupado en ejercicios  
 De santidad, á ser llega  
 Después el jefe, el caudillo,  
 De una empresa reservada  
 A su genio esclarecido.  
 Sólo al genio, que no cuenta  
 Como general auxilios,  
 Y un puñado de bizoños  
 Ignorantes campesinos,  
 Que nunca del hueco bronce  
 Oyeron el estampido:  
 No tiene armas, ni caballos,  
 Ni municiones, ni equipo,  
 Ni víveres, ni otro erario  
 Que su ligero bolsillo:  
 Con treinta escasos fusiles  
 Tomados al enemigo.

Pero el campo de Tres Palos  
 De todo estaba provisto  
 Con profusión, y orgulloso  
 El jefe París ha dicho,  
 Que pronto el rebelde cura  
 Recibirá su castigo.  
 Morelos no se jactaba  
 De vencer, ni vengativo  
 Amenaza; pero ataca,  
 Y el realista sorprendido  
 Pierde soldados y trenes,  
 Tesoros, y aun fuera él mismo  
 Prisionero, si no huyera  
 Con astucia, y al abrigo  
 Del desorden disfrazado.  
 A este triunfo primitivo  
 Siguen otros cual torrentes  
 De luz, surcando el zafiro,  
 Marcan del sol la carrera  
 Tras el albor matutino;  
 Que era Morelos, y basta  
 Para que obrando prodigios  
 En la causa que sostiene,  
 Y con su nombre, á su arbitrio  
 De la fortuna la rueda  
 Detener haya podido:  
 Pero no fijar. . . . que es reina,  
 Y á los más sus favoritos  
 Arrojó de su prianza,  
 Les mostró el semblante esquivo,  
 El propio día que agotaba  
 Sus falaces beneficios.

---

Des que de diez en el año  
 Tomó Morelos partido  
 De independencia en la causa,  
 Sólo iban cuatro corridos  
 Y sus vencedoras huestes  
 Cuanto baña el mar Pacífico

De Anáhuac, en las regiones,  
 Dominan y son testigos  
 Sus pueblos de mil acciones  
 Y de triunfos infinitos,  
 Que contar y enumerarlos  
 Trabajo sería prolijo.  
 Formó ejércitos él sólo,  
 Bravos veteranos hizo,  
 Y de su escuela salieron  
 Capitanes aguerridos:  
 El primero en el combate,  
 El primero en el conflicto,  
 El último en el descanso  
 De los riesgos al abrigo.  
 A los soldados hambrientos  
 Y desnudos, el preciso  
 Y propio alimento entrega:  
 De sus postreros vestidos  
 Se despoja y los reparte,  
 Y humano con el vencido  
 Lo consuela, moderando  
 Su desgracia compasivo.  
 Brilló su pericia en Cuautla,  
 Donde Calleja, el altivo  
 Jefe del bando español,  
 Mandaba en persona el sitio:  
 Y se burlaba llamando  
 A la plaza de carrizo,  
 Por débil; mas de ocuparla  
 Nunca ejecutó el designio.  
 Y cuando escualida el hambre  
 Su ayuda á ofrecerle vino,  
 En daño de los sitiados,  
 Morelos con el auxilio  
 De la noche y el silencio  
 Alzó el campo, con tal tino,  
 Que hasta pasadas dos horas  
 No tuvo Calleja aviso.  
 Sustentó nuevos combates  
 Con resultado distinto,

Y vencedor de tres jefes  
 O muertos ó fugitivos,  
 Lo vió Tehuacán triunfante  
 De más gloria circuido,  
 Con sus formidables huestes  
 Y universal regocijo.  
 No se entregará al descanso  
 Ni al festejo, previsor,  
 Y después de tres jornadas  
 En que hubiera combatido  
 Siempre con éxito; oculta  
 Empresa lleva consigo,  
 Impenetrable al alcance  
 Del vulgo, que del sigilo  
 En los planes de la guerra,  
 El suceso ha dependido  
 Muchas veces; y á Morelos  
 No faltó ese requisito.

Ya va el ejército en marcha.  
 De los fusiles el brillo:  
 El matiz de los plumeros,  
 De las banderas el viso:  
 El crugir de las cureñas:  
 De caballos el relincho:  
 El fragor de los clarines:  
 De tambores el sonido:  
 Van siguiendo el movimiento  
 Y contrastan el prolijo  
 Silencio de veteranos,  
 Que ajustan al artificio  
 Sus maniobras compasadas  
 Cual la táctica previno,  
 Y á la voz de capitanes  
 Expertos y endurecidos,  
 El valiente Matamoros:  
 Galeana esclarecido:  
 Bravo esforzado: Montañó:  
 Victoria, modelo vivo

De intrepidez y constancia:  
 Tirán, joven favorito  
 De las ciencias: Sesma y otros  
 Cuyos nombres esculpidos  
 en la historia, pasarán  
 Hasta los remotos siglos,  
 Como de ilustres patriotas  
 Y denodados caudillos.

Atravesando los valles  
 Las tropas y el tren lucido,  
 Jardín ambulante fingen  
 Con ramos de acero limpio:  
 Con azucenas de pluma,  
 De púrpura y oro lírios,  
 En calles de humanos troncos  
 Con simetría suspendidos:  
 Donde concertados sonos  
 Forman metálicos trinos,  
 Que al combate convidando  
 Convidan al regocijo.  
 Si del valle á las gargantas  
 Al través de precipicios,  
 Por entre escarpadas rocas,  
 O por anchurosos ríos,  
 Desfila rápida ó lenta  
 En mil lugares distintos  
 Aquella selva animada  
 Trazando líneas y giros,  
 Un agigantado boa  
 Se creyera ver al vivo,  
 Deslizarse cauteloso  
 Por buena presa atraído.

La marcha larga y penosa,  
 En el desierto camino,  
 Los soles abrasadores,  
 Las inclemencias del frío.

De conducir los cañones  
 Y el bagaje, el infinito  
 Trabajo, en el aspereza  
 Arrastrados de continuo,  
 Si los rostros y el acero  
 Dejaron ennegrecidos,  
 Si marchitaron las galas  
 Y bélicos atavíos,  
 Y por el hambre los cuerpos  
 Quedaron enflaquecidos;  
 De aquella legión gloriosa  
 Subió más grados el brío.

Ya en las cumbres de San Juan  
 Del Rey, al fin reunido  
 Está el ejército. Absorto  
 Vé á sus pies el peregrino  
 Valle de Antequera, entonces  
 Sembrado de pueblos ricos  
 Por sus cosechas de grana,  
 Que la púrpura de Tiro  
 Supera, y rival no tiene.  
 Ambicioso el mundo antiguo  
 Como el oro demandaba  
 Un fruto tan exquisito;  
 Pero es Oajaca una joya  
 De estima y precio subido:  
 Y en su defensa el virrey  
 Allí mantuvo y previno  
 De soldados y cañones  
 Un número bien crecido.  
 Está de hierro erizada,  
 Y sus guardas requeridos.  
 El ejército acampaba  
 En los llanos extendidos  
 De Viguera, y entre tanto  
 De su llegada el aviso  
 Reciben en la ciudad  
 Los realistas sorprendidos;

Pero en su poder fiando  
 Y con un grueso escogido  
 De tropas, salió Regules,  
 Y á observar al campo vino;  
 Mas el coronel Montaña,  
 A su encuentro apercebido,  
 Con sus formidables lanzas  
 Tanto destrozo le hizo.  
 Que derrotado, deshecho,  
 A la ciudad pavorido  
 Huye en pos de sus trincheras  
 Y á buscar en los auxilios  
 De sus hombres y resguardos,  
 Defensa y seguro asilo.  
 Dado del suceso parte.  
 Y después de haberlo oído  
 Morelos, manda que formen  
 Los cuerpos. En su destino  
 Los jefes y capitanes,  
 Un redoble repetido  
 Por tres veces, de la orden  
 Del día, es el toque preciso.  
 El general la ha dictado  
 Con singular laconismo,  
 Con seguridad pasmosa,  
 Con acento decisivo:  
 "A acuartelarse á Oajaca. . . .  
 Es sólo su contenido,  
 Que oye el ejército y alza  
 De ardor y júbilo el grito.

## II.

## LOS AMIGOS

Los enlaces inocentes  
 Que se forman en la infancia,  
 O no se destruyen nunca,  
 O dejan memorias gratas;

Y cuando corrido el tiempo  
 Con estrella buena ó mala,  
 Recobramos el amigo,  
 De nuestra edad más temprana,  
 Aquella amistad de niños  
 Sus privilegios reclama,  
 Y sin esfuerzos ni dudas  
 Los restituye y alcanza.  
 Mas á veces las pasiones  
 Que germinan en el alma,  
 Fructificando rencores  
 Todo vínculo quebrantan.  
 Ejemplo, Claudio y Enrique  
 De esta veleidad humana:  
 Que los unía la inocencia,  
 Y el interés los aparta;  
 Interés de una belleza  
 Que rivales obsequiaban:  
 De política intereses  
 Que la discordia separa.  
 Y los que un solo deseo  
 En la niñez respiraban,  
 Después el odio alimentan,  
 Respiran sólo venganza.

A Enrique por sus riquezas  
 Y por sus prendas bizarras,  
 Lo estiman los caballeros  
 Y lo encarecen las damas.  
 La hermosa Isabel reúne  
 Con el ingenio las gracias,  
 Y sensible á los obsequios,  
 A las amantes instancias  
 De D. Enrique, modesta  
 Su ardiente cariño paga.  
 Claudio en el pecho de celos  
 Un volcán ó infierno guarda.  
 Como su rival no tiene  
 Riqueza, apostura y galas;

Pero posee otros recursos;  
Es ingenioso, y con maña  
Se ha ingerido en los consejos,  
Y del jefe de la plaza  
Auditor y confidente,  
Es de sus planes el alma.

De Isabel rondaba Enrique  
Como amante, las ventanas,  
Al favor de las tinieblas  
Y al abrigo de la capa,  
Cuando ve á un hombre encubierto  
Que de la esquina inmediata  
A media voz le decía:  
—“Caballero, una palabra.”  
Y con precaución lo sigue  
A un extremo de la plaza.  
El incógnito del rostro  
El embozo separaba:

—“Yo soy Claudio, D. Enrique,  
Le dice, no es cosa extraña  
Que como rival ó amigo  
Hace rato le aguardaba.”

—“No lo extraño, le contesta;  
Pero campo de batalla  
Mejor, debiera escojerse  
Para cruzar las espadas.”

—“Esto prueba, le replica,  
Y el venir aquí sin armas,  
Que mi intención es distinta . . . .  
¡Enrique, amigo! te engaña  
(Prosigue Claudio diciendo)

Una contienda villana;  
No soy tu rival, renuncio  
De grado mis esperanzas  
Y pretensiones, si logro  
Recobrar tu confianza  
Como amigo: si lo dudas,  
Sirvan de prueba estas cartas

Que sin prudencia escribiste,  
(Y unos papeles mostraba)  
Dando secretos avisos  
Del estado de la plaza.  
Si el comandante las viera . . . .  
A fe que fuera muy mala  
Tu suerte; pero he logrado  
Del proceso segregaras . . . .

El hecho me hace culpable;  
Mas la amistad me forzaba:  
Te quise salvar, Enrique.  
Y hay en su acento y miradas

De verdad una expresión  
Tan patente y es tan clara  
Su noble acción, que una injuria  
Enrique se haría en dudarla.

Le echa los brazos al cuello,  
Su voz la ternura embarga,  
Lo estrecha, y los dos amigos  
Por un breve rato callan;

Siguieron después las bodas  
De D. Enrique: su casa  
Don Claudio con mutuo agrado  
Desde entonces frecuentaba.

Lívida la tez de pena,  
Las manos enclavijadas,  
Hiriendo el pecho divino  
Del dolor la dura daga,  
Afligido el bello rostro  
Que un cerco de luces baña:  
Negro el manto que se pliega  
Sobre la túnica blanca;

En su soledad la Virgen,  
Por diestro pincel trazada,  
Ofrece un antiguo cuadro  
Suspendido en una estancia,  
Y cerca de él dos bujías  
De cera, ardiendo. Postrada